

colorchecker CLASSIC



calibrite

DONATOS
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MEXICO
1900

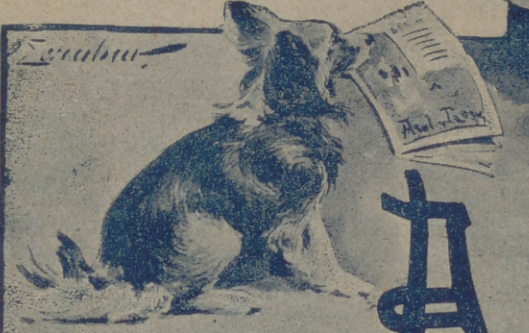
Rosa

Contiene.

- Cuentos para niños.
- Croniquilla.
- Colaboración infantil.
- Poesías.
- Concursos.—Historietas.
- Página musical.
- Crítica hecha por niños.
- Correspondencia.
- Pasatiempos.
- Ciencias recreativas.



Todo para niños



10. Cén'ts.

Azul

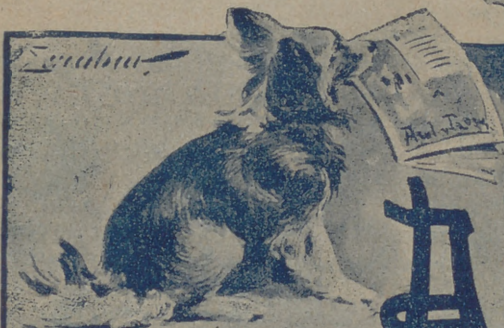
DONATE
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MEXICO

Rosa

Contiene.

- Cuentos para niños.
- Croniquilla.
- Colaboración infantil.
- Poesías.
- Concursos.—Historietas.
- Página musical.
- Crítica hecha por niños.
- Correspondencia.
- Pasatiempos.
- Ciencias recreativas.

Todo
para
niños



10. Cén'ts.

Azúl

LOTERÍA GEOGRÁFICA

Hace algunos meses que se puso á la venta el instructivo juego que lleva este nombre, imaginado por el catedrático del Instituto de Barcelona, D. Tomás Escriche, que á su tiempo solicitó la oportuna patente.

Su objeto es fijar en la mente de los niños los más generales conocimientos de geografía descriptiva, proporcionándoles á la vez un pasatiempo divertido.

Es una modificación muy feliz del conocido juego de lotería casera, tan extendido entre las familias y que proporciona largos ratos de solaz durante las interminables veladas de invierno. Este juego ofrece dos inconvenientes: la monotonía que resulta de la interminable repetición de números y más números, y la esterilidad de un pasatiempo que invierte muchas horas y nada enseña. La lotería geográfica del Sr. Escriche es más divertida y además instruye recreando.

En ella se han sustituido los cartones llenos de números por mapas encartonados clarísimos, en colores, como los de un hermoso atlas elemental. Una numerosísima colección de fichas de madera contiene todos los nombres geográficos (poblaciones, islas, cabos, etc.) que hay en los mapas de que se compone el juego, y acompaña también un surtido de piecitas de hierro suficientes con exceso para cubrir con ellas todos los lugares señalados con rótulos en dichos mapas.

Cada jugador elige un cartón-mapa, y el que dirige el juego, después de haber metido las fichas en una bolsa, que también hay en la caja, va sacando aquéllas sucesivamente y leyendo en voz alta el nombre escrito sobre cada una de ellas. Los jugadores, según van saliendo los nombres contenidos en sus respectivos mapas, los cubren con una piecita, para lo cual han de recorrer con la vista rápidamente cada uno el suyo, lo que les obliga á fijarse en las posiciones que ocupan los puntos designados, puntos que á las pocas noches de jugar encuentran en el acto y sin titubear. He ahí la parte instructiva, la geográfica, que no carece de amenidad. En cuanto á la recreativa propiamente tal, la de lotería, que da al pasatiempo el carácter de juego, se reduce á asignar pequeñas cantidades, como ganancias, á los primeros que han apuntado cierto número de nombres. Al efecto, cada niño puede hacer cuatro montoncitos de á diez con las cuarenta piecitas ó tantos de que se habrá provisto, pues cada mapa contiene precisamente cuarenta nombres que apuntar. Supongamos que, al empezar el juego, cada uno ha pagado 5 céntimos por su cartón, como éstos son ocho, habrá para premios 40 céntimos, que se podrán distribuir del siguiente modo: 5 para el primero que apunte diez cosas; otros 5 para el que llene veinte; 10 para el que llegue antes á treinta, y, en fin, 20 céntimos para el que haga primero lleno, cubriendo los cuarenta nombres de su mapa. Si se quiere que los premios se repartan más y salgan con más frecuencia, podrán asignarse 2 céntimos á los primeros apuntado cinco, diez, quince, veinticinco, treinta y treinta y cinco; 8 céntimos al primero que llegue á veinte, y 20 céntimos al que haga lleno, es decir, cuarenta. Se comprende la posibilidad de variar las condiciones del juego, y es obvio también que un mismo jugador pueda tomar dos ó más cartones, si le place.

Como es fácil hacerse cargo, este juego resulta sumamente útil, no sólo para los niños, sino también para los mayores, á los que hace recordar las posiciones relativas de ciertos puntos geográficos que con el tiempo se olvidan más ó menos.

Puntos de venta en Madrid: Librerías de A. Pérez, Bolsa, 9; Hernando, Arenal, 11, y en el Bazar X, y en Barcelona se puede pedir directamente al autor: Sr. D. Tomás Escriche, Paseo de Gracia, 168.

ROSA Y AZUL

(TODO PARA NIÑOS)

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Director propietario:
DIONISIO CALVO



Redacción y Administración:
JARDINES, 13, PRINCIPAL

RICARDITO

RICARDITO era un muchacho incorregible.

Frecuentemente le hallaba su padre jugando, en vez de estar, como él le había mandado, estudiando la lección.



Más de una vez le ocurrió romper un jarrón y dejar maltrecha una silla por jugar á la pelota dentro de la sala.

Cuantos consejos y reprimendas le daba su padre, eran inútiles. Ricardito no entraba jamás por buen camino.

En el colegio no le había más malo. Por un quitame allá esas pajas andaba á cachetes con sus compañeros, y cuando el profesor le reprendía, su contestación era un desdénso encogimiento de hombros.

Un día, mientras el profesor salía á despedir á la mamá de un alumno nuevo, Ricardito sacó una calavera de paño que había traído en el bolsillo, y embadurándola de goma por detrás, la pegó en el respaldo del sillón en que se sentaba el maestro. Cuando vino éste, tomó asiento y continuó explicando la clase de Historia. Después, concluída la lección, los niños salieron formados por grupos á los encerados. Al acercarse el profesor al primer grupo, con la calavera blanca en las espaldas, los niños no pudieron contenerse y soltaron el trapo á reír.

Indignado el profesor preguntó el objeto de las risas; pero los pequeños, sin cesar en ellas, no decían esta boca es mía. Volvió á preguntar, con igual resultado. Desde luego supuso que habían hecho alguna diablura, y como se fijara en que las miradas de sus discípulos iban directas á la parte posterior de su individuo, retiróse un tanto abochornado á sus habi-

taciones. Allí vió, poseído de santa indignación, cuál era el motivo que servía de tema á las infantiles risas.

Acepillóse la levita y volvió á salir á clase. Los muchachos le vieron llegar atemorizados. Era seguro que los impondría fuerte castigo; y algunos se arremangaban los pantalones dispuestos á continuar el tiempo que faltaba para las cinco arrojados sobre el pavimento. Pero el profesor continuó explicando los problemas como si tal cosa. Cuando el reloj marcaba



las cinco menos cuarto, levantóse el profesor, y con la voz velada por la emoción, dijo á los niños:

—Desde que comenzamos el curso, más que como discípulos os he considerado como compañeros; porque compañeros somos. Vosotros venís al colegio con el afán de aprender lo necesario para entrar en la ruda lucha por la existencia; yo me pongo aquí con el propósito de comunicaros lo poco que sé. De aquí que debie-

ra reinar entre nosotros la mejor armonía, y de aquí que me duela profundamente que haya entre vosotros un individuo capaz de realizar una broma ó una travesura como la que ha realizado... ¿necesitaré deciros quién?... Su cara es el espejo de su alma. (Todas las miradas se posaron sobre Ricardito). Creo firmemente que lo ha hecho sin saber lo que hacía; por eso le perdono y espero que no lo volverá á realizar. Hasta mañana.

Los niños se marcharon contentos; Ricardito con la cabeza baja, los ojos llorosos y las mejillas encendidas.

Pocos días después, lejos de enmendarse, sus amiguitos Rosa y Nemesio le sorprendieron detrás de un portier. Habían ido con su papá que debía tratar un asunto con el de Ricardito, y en tanto que los señores hablaban de sus negocios, los niños se quedaron jugando en el recibimiento. Pronto desapareció Ricardito, y como sus amigos conocían la casa igual que la suya, fueron en su busca. Al sorprenderle en aquel sitio, el niño les dijo:

—Acercaos aquí. Se oye muy bien la conversación. Hablan de miles de pesetas.

—Lo que hacemos—dijo Rosa—es marcharnos. Papá no nos perdonaría si nos sorprendiese realizando un acto tan feo.

Corrido de vergüenza retiróse Ricardito con sus amiguitos. El creía que su padre no se enteraría de lo que había pasado, porque no lo había escuchado; pero alguien lo oyó y lo puso en su conocimiento, y á fin de corregir al muchacho, le castigó no llevándole el domingo próximo á ver *La almoneda del diablo* como le había ofrecido.

Aquello sirvió á Ricardito de lección, y en adelante fué aplicado, obediente y no volvió á escuchar lo que no le importaba.

MARÍA TESLA OSENTES.

CRONIQUELLA



Mis queridos amiguitos: Como en esta casa os consideramos á todos como dueños de ella y con derecho á formar parte de la Redacción de ROSA Y AZUL, bueno es que vayáis conociendo algunos de los resortes que mueven la máquina llamada REDACCIÓN.

Así, pues, y á falta de asuntos más importantes que tratar, tratemos éste, comenzando por la *Correspondencia particular*, que aun cuando parezca una sección sin importancia, la tiene, y muy grande.

El encargado de esta sección suele ser, y debe serlo, un hombre bonachón, de rostro simpático (aunque algunos hay que son chatos y picados de viruelas) y temperamento pacífico.

Apenas se hace cargo de la sección, el director, empresario ó quien lleva la voz cantante en la Redacción, se presenta ante él y, mostrándole un paquete de cartas, le dice:

—Ahí tiene usted la correspondencia recibida hoy: 172 cartas y 96 tarjetas postales.

—Bueno. ¿Y qué hago yo con todo esto?

—Contestarlos.

—Pero antes necesito leerlos.

—Por supuesto. No lo iba usted á contestar sin saber lo que dice.

—Bien; lo leeré. ¿Cuándo he de entregar el original?

—Mañana vendrán de la imprenta á recogerlo.

—Muy pronto me parece. En fin, haré lo posible.

Mi hombre comienza á leer y releer cartas; unas las aparta; otras, después de escribir una línea sobre una cuartilla, las

mete en la carpeta de «no publicable».

Cuando llega la hora de irse á comer ha revisado una décima parte de la correspondencia. A este paso, ni en un mes acaba. Por el camino va leyendo, y así entra en su casa, tan distraído, que en vez de colgar el sombrero en la percha, se le pone por montera á un guardia municipal que ha venido en busca del padrón. El guardia lo toma en serio, se ofusca y amenaza al pobre hombre con imponerle una multa. ¡Una multa á él! ¿Hay castigo mayor que tenerse que leer 172 cartas y 96 tarjetas postales, y contestarlas por añadidura? Pero el guardia no entiende de estas cosas y sigue chillando, hasta que logra incomodar á nuestro hombre, que, no teniendo de qué echar mano, da al municipal en las narices con un *Canto á la luna*, escrito en versos de arte mayor. Gritan. Disputan. Al fin se hace la calma. Pero nuestro hombre ha sufrido un disgusto que no le permite comer. Se despierte de su familia para volverse á la Redacción. Hay que despachar aquello. La señora ha cogido en brazos un perro chiquitín para evitar que le pisaran; el hombre le toma por su hijo pequeño y le da un beso en el hocico.

En fin, que aquel hombre de rostro simpático, aire bonachón y temperamento pacífico, que antes comía perfectamente y dormía como un justo, á la semana de tener que estar encargado de la *Correspondencia particular*, «ni come, ni bebe, ni duerme, ni besa».

Por esto os rogaré que aguardéis, que no seáis impacientes. Complacédle.

BEBÉ.

MARCHA DIFÍCULTOSA

(Cuepto.)

Un andaluz muy guasón
con el vecino de enfrente,
tuvo el diálogo siguiente
que oí desde mi balcón.

—Escúcheme usted, García,
y sabrá en un santiamén,
lo que ayer le pasó al tren
correo de Andalucía.

Tomé yo el tren en Granada
y en él monté muy contento
porque iba á ver el portento
de esta villa coronada.

Partimos sin novedad,

Y aquel modo de bufar
la máquina, sin poder
hacer al convoy correr,
tanto nos llegó á inquietar,
que (no es farsa mi relato)
los viajeros nos tuvimos
que apearse y nos pusimos
á empujar al tren un rato.

Pero nada, ni por esas.
Se hizo un esfuerzo horroroso...
¡Y cada vez más premioso
el tren sobre las traviesas!

—¿Acaso traía exceso
de carruajes y furgones?
—¡Ca, no, señor; seis vagones
y los seis con poco peso!

Venía sola en primera
la viuda de un comandante;

MORALEJA



Lloró por hijos don Zenón Topete
y el Supremo Hacedor le ha dado siete.
*Esperad confiados
y los deseos hallaréis colmados.*

y á cien metros del andén
noté que marchaba el tren
con mucha dificultad.

De manera aterradora
notamos que el tren crujía.
¡Con el peso no podía
la pobre locomotora!

El maquinista intentaba
forzar su marcha, y más bien
parecía que del tren
la pesadez aumentaba.

Era una guasa completa
lo que al tren le sucedía.
Le juro á usted que traía
el paso de una carreta.

en segunda, un fabricante
de flautas, y yo en tercera.

Unos cuantos lugareños
dormían en mi vagón,
y atrás venía un furgón
con varios bultos pequeños.

—Entonces, ¿el tren por qué
apenas andar podía,
si el furgón sólo traía
la carga que dice usted?

—Porque traía además,
entre líos y trebejos,
una cesta de cangrejos
que iban andando hacia atrás.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EL HIJO DEL REGIMIENTO

I

VIVAQUEAMOS sobre el llano de Albaterra, que nos había costado diez horas de combate y mil seiscientas bajas entre muertos y heridos, y entre el cendal de la noche se rompía la oscuridad aquí y allá por las hogueras que encendían las compañías para condimentar el rancho. ¡Rancho melancólico, comido entre las tristezas de la derrota y la fiebre del desquite!

El coronel, el comandante y tres capitanes paseaban cerca, llegándose de vez en cuando al fuego que habíamos encendido y restregándose las manos, amoratadas por el frío. Luego seguían su paseo y se alejaban, oyéndose de vez en cuando la voz, un poco cascada pero dura, del coronel Pozazal, que decía:

—¡Si no se hubiese retrasado la caballería!...

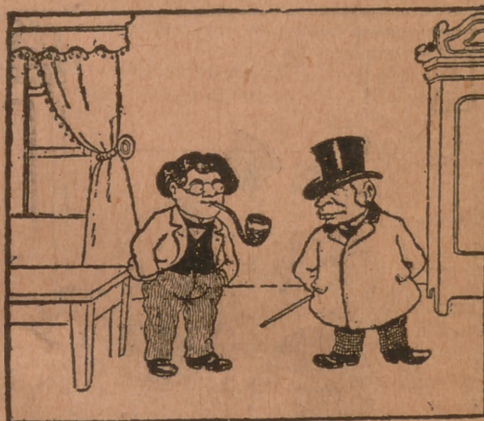
La caballería se había retrasado, efectivamente, bien por culpa suya ó por imprevisión del cuartel general; lo cierto era que cuando el cuarto regimiento del segundo cuerpo empezó á flaquear, diezmado por la artillería, esperó más de media hora á que llegara, y cuando ya pasó como una tempestad de hombres, de caballos y de hierro, la derrota era inevitable. Formamos en batalla poco después para ser revistados por el general en jefe, y no recuerdo haber visto nunca palidez semejante en rostro humano, como la que cubrió el del acartonado coronel Pozazal cuando el general en jefe dijo, señalando con el sable desenvainado hacia el cuarto regimiento, inmóvil á pocos pasos, aquellas memorables palabras:

—¡Mañana veremos lo que hace ese regimiento, coronel!

Se vería; no hubo un solo soldado que

no se sintiese avergonzado de oír al general, ni quien no creyese humillantes las sonrisitas burlonas de los oficialetes del Estado Mayor. El coronel estuvo callado hasta que el general hubo pasado, y luego dió un golpe iracundo con el puño del sable sobre la perilla de la montura, y

PULMONES Á PRUEBA



—Le digo á usted que no debe fumar en pipa; se está estropeando los pulmones.

revolvió el caballo hacia nosotros, exclamando con acento enérgico:

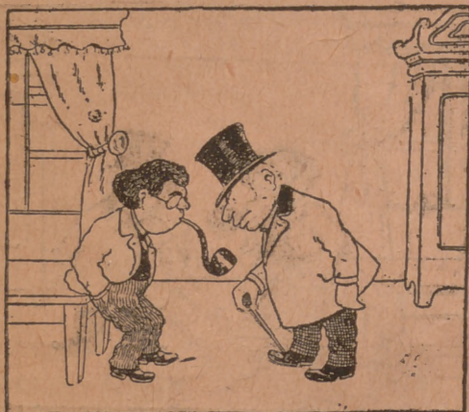
—¡Mañana se verá, muchachos! ¡Rompan filas!

Rompimos filas, y como se echaba á más andar la noche, vivaqueamos allí mismo. Estábamos helados hasta los huesos, y entre los de la primera compañía hicimos una hoguera, en derredor de la cual nos sentamos con los capótes subidos por cima del cogote. La plana mayor se había metido en la tienda del coronel, y en el silencio de la triste noche de los vencidos sólo se oía los *alertas* de la primera línea. De vez en cuando pasaban los sanitarios con una camilla en dirección de la aldehuela de Escuernavacas,

donde estaba el hospital de sangre, casi á doscientos pasos de nosotros.

Con tres troncos se improvisó la cocina, y sobre ellos fué colocado el perol, en el que fué echando las patatas mondadas el esclarecido Madrèpora, á quien llamába-

PULMONES Á PRUEBA



—¿Lo ve usted? Ya ni fuerzas tiene.
—Que no, ¿eh? Ahora verá usted.

mos así por un ramo de sangre que tenía en el carrillo derecho. Tenía el tal primorosos manos para toda clase de condimentos, hasta el punto de que nos lo envidiaran las demás compañías del cuarto regimiento, y sólo él podía hacernos agradable el rancho después de las palabras del general en jefe.

Sobre las patatas cayeron los granos de arroz y el tocino añejo, y hasta una docena de pimientos que el sargento Monzón había sacado, no se supo de dónde. Y entre la lluvia finísima é insistente, sacudidos por el viento frío que sopló aquella noche sobre el llano de Albaterra, comimos el rancho que había de darnos fuerzas para que el general viera al día si-

guiente lo que sabía hacer el cuarto regimiento del segundo cuerpo de ejército.

II

¡Ay, hondos pensamientos del vivaqueo antes de la pelea, y cómo y con qué impetu surgieron la noche aquella en los cerebros de los vencidos del cuarto regimiento!

Aquél no acabará de digerir las patatas que come; éste no acabará en paz el sueño que comienza al tibio resplandor del fuego del vivac, y ninguno de nosotros podría decir ahora que mañana no concluirá la jornada en el hospitalillo de Escuernavacas. El problema de la muerte se presenta entonces por modo más punzante, y los alientos se abaten y las energías se desploman. En el *mañana veremos* del general en jefe había para todo el regimiento algo más terrible que la dura verdad: la incertidumbre.

Comían también en la tienda del coronel, cuando de pronto oímos la voz enérgica de éste, que decía:

—¡Madrèpora! ¡Uno aquí en seguida!

Corrimos seis ó siete. En el fondo de la tienda se agrupaban los oficiales en torno del abanderado, que sostenía en los brazos un chiquillo medio envuelto en una manta. ¿De dónde había salido aquel monigote rollizo y coloradote que se mordía los puños, llorando con desesperación? Probablemente lo habría llevado alguna desdichada de Escuernavacas, y la oficialidad sintió el llanto desde la tienda.

El coronel Pozazal, con el bigote erizado por el mal humor, entregó el chicuelo á Madrèpora, y le dijo:

—Llévate *eso*, y encárgate de ello, que ahora irá el *páter* á echarle el agua.

Nos volvimos al vivac con aquel rollo de carne, que seguía protestando contra su nueva familia. Madrèpora, tan hábil

en guisar el cotidiano rancho, no sabía acallar gímateos de recién nacido, y no hubo poder humano que consolase á aquel caballero. Cuando vino el padre Manzanque, capellán del regimiento, y lo bautizó en un verbo, empezaban á romper por cima de las tierras de Escuernavacas los primeros estremecimientos de la luz del nuevo día. Madrèpora había encontrado un cuartillo de leche no sé en dónde, y por medio de un ingenioso artificio, terminado en un tubito de goma que le habían facilitado en la Sanidad, acallaba el hambre feroz de Marcialillo, que éste era el nombre del sin ventura apadrinado por el regimiento.

Cuando á las cinco de la mañana se tocó generala y empezaron á formar las compañías, iban pasando todos, oficiales y soldados, por delante del vivac para ver al nene que en tan mala ocasión se había incorporado; pero dormía profundamente bajo la manta de Madrèpora, y no hizo movimiento alguno que indicase su deseo de entablar relaciones con el regimiento, ni aun con el coronel, que estuvo tres veces á verle.

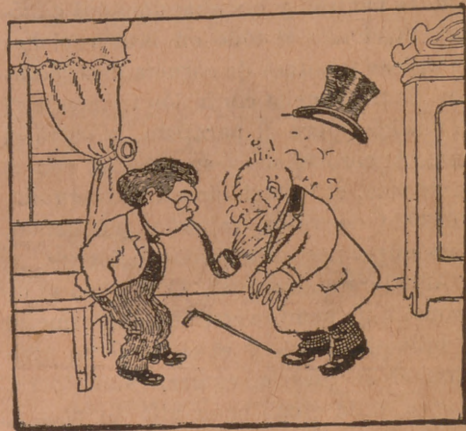
A las ocho rompió las nubes un pálido rayo de sol, y como si hubiese encendido la pólvora del primer cañonazo, pasó una granada sobre el regimiento, enterrándose á cincuenta pasos de Escuernavacas.

III

A la primera luz del gran día empezó á hormigüear el ejército sobre el mojado llano de Albatera, y ya á las ocho y media recibía el regimiento orden de situarse, costase lo que costase, en la cima del cabezo de Aguzahoces. Emprendimos la marcha; el coronel iba á nuestro flanco izquierdo, por donde venía el fuego de cañón, tieso y serio en el caballo, como hombre que llevaba comprometida su

honra y la de su regimiento. Cada veinte pasos nos costaba una baja: ¡como que la batería de Aguzahoces disparaba sobre la masa del regimiento cada tres segundos! Detrás venían los sanitarios y la música, y en su centro el gran Madrèpora con el monigote en brazos, hecho éste un mar de llanto y como protestando contra

PULMONES Á PRUEBA



¡.....!

aquel estrépito, que no era de su gusto. El coronel soltaba un taco á cada baja, y pasaba de vanguardia á retaguardia, gritando á los oficiales:

—¡Más aprisa, con mil demonios!

Más fácil era decirlo que hacerlo. Cada vez que arriba saltaba el fogonazo, se detenía el regimiento instintivamente, caía uno ó más, y luego seguía. Llegamos por fin: en el reducto había cuatro compañías de zapadores, además del servicio de las piezas, y fuimos recibidos con una descarga cerrada. Entonces se convirtió en sed de vencer y vengarse el natural instinto de conservación. El to-

que de ataque corrió por las cornetas de las compañías como la chispa por el reguero de la pólvora, y dejando á un lado primores de táctica, el regimiento todo sólo fué un desborde de ira, un conjunto de desesperaciones individuales, deseoso de caer sobre el cabezo de Aguzahoces y exterminar á cuantos en el reducto estaban.

Cuerpo á cuerpo se entabló la lucha, trabándose los combatientes sobre las agudas piedras y los abandonados cañones, hirviendo el todo en interjecciones enérgicas y toques de corneta desesperados. Entre aquella confusión tremenda ví la música sobre el parapeto, y entre el humo al coronel sobre su caballo, con el sable roto, el ros echado atrás, iracundo, soberbio de valor, rajando, hendiendo, abriéndose paso con heroico esfuerzo.

Aquello no acababa... A mi lado ví de pronto á un hombre con un lío informe en el brazo izquierdo y el sable de un artillero en la diestra, el gran Madrépóra, que se batía como cada hijo de vecino, con la borrachera de la lucha en el corazón.

Me ví: iba muy embarazado con el fardo del brazo izquierdo, y me gritó:

—¡Eh! ¿Te encargas del monigote?

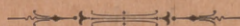
Y estuvo á punto de arrojarme el bulto. En medio del horrendo hervor de aquellos momentos ví al monigote llorar espantosamente, sacudido por los movimientos bruscos que el gran Madrépóra tenía que imprimir á su cuerpo. Fué clareando al fin el cabezo de Aguzahoces; los artilleros y el resto de las cuatro compañías bajaban en derrota por las laderas, en busca de la retaguardia de Esquernavacas, en que cañoneaba aún la artillería enemiga, y el coronel Pozazal mandaba tocar alto. Llevó el viento los últimos jirones de humo, y cuando pudi-

mos contarnos faltaron más de cien hombres, pero se había visto de lo que era capaz el cuarto regimiento.

IV

Por la noche el vivac se trasladó á Aguzahoces. ¡Qué bien sabían con la victoria aquellas patatas que pelaba Madrépóra, dando de tanto en tanto descanso á la faena para arrimar á la hambienta boca de Marcialillo el tubo de goma que le habían dado en la Sanidad! El monigote callaba y chupaba; el coronel paseaba como la noche anterior, sin culpar de nada á la caballería, y lo que quedaba del cuarto regimiento en torno de las hogueras, recordaba aquel curiosísimo cuadro que todos habían visto en Aguzahoces; el que formaba Madrépóra llevando bajo el brazo izquierdo al hijo del regimiento, que lloraba su bautismo de fuego, y en el derecho un sable de artillería que subía y bajaba, animado por la embriaguez de la pelea.

FEDERICO URRECHA.



Á UN IMPACIENTE

Lo que no logres hoy, quizá mañana lo lograrás; no es tiempo todavía; nunca en el breve término de un día madura el fruto, ni la espiga grana.

No son jamás en la labor humana vano el afán ni inútil la porfía: el que con fe y valor lucha y confía, los mayores obstáculos allana.

Trabaja y persevera, que en el mundo nada existe rebelde ni infecundo para el poder de Dios ó el de la idea.

¡Hasta la estéril y deforme roca es manantial cuando Moisés la toca y estatua cuando Fidias la golpea!

MANUEL SANDOVAL.

Sevillanas por E. de Coscollar

Piano

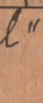
First system of musical notation. It consists of two staves. The upper staff is in treble clef with a key signature of one flat (Bb) and a 3/4 time signature. It begins with a first ending bracket over the first two measures. The lower staff is in bass clef with a 3/4 time signature. Dynamics include a forte (f) marking in the first measure and a mezzo-forte (mf) marking in the third measure.

Second system of musical notation. It consists of two staves. The upper staff continues the melody with a first ending bracket over the first two measures. The lower staff features a rhythmic accompaniment with wavy lines. A dynamic marking of forte (f) appears in the third measure. A double bar line with repeat dots is present at the end of the system.

Third system of musical notation. It consists of two staves. The upper staff continues the melody. The lower staff continues the rhythmic accompaniment. A dynamic marking of mezzo-forte (mf) is present in the second measure.

Fourth system of musical notation. It consists of two staves. The upper staff continues the melody. The lower staff continues the rhythmic accompaniment.

Fifth system of musical notation. It consists of two staves. The upper staff continues the melody. The lower staff continues the rhythmic accompaniment. A dynamic marking of forte (f) is present in the first measure. The system concludes with a double bar line and the word "final" written above the staff. Above the first measure, the instruction "A la 2.ª dos veces" is written.

Hechas por encargo de "Rosa y Otil" 

EQUILIBRIO

YA que en vuestros juegos á veces verificáis equilibrios como consumados gimnastas, bien saltando sobre un pie ó andando con zancos, ya sosteniéndose sobre un palo ó trepando por sitios dificultosos, os hablaré hoy un poco del equilibrio, con algún otro juego ó experiencia que os sirva para aumentar vuestro repertorio.

Habéis de saber, queridos niños, que el equilibrio puede ser de tres clases: *estable*, *inestable* é *indiferente*.

El *equilibrio estable* es el estado de un cuerpo que, aunque lo desviéis de su posición de equilibrio, lo recobra por sí mismo, como si colocáis un peón por su base que recobra su posición, aunque momentáneamente la pierda, ó bien podéis clavar dos tenedores en un corcho, que sostenido en la punta de una aguja, podéis colocar ésta por el extremo opuesto en el borde de un vaso.

El *equilibrio inestable* es cuando el cuerpo, desviado de su posición de equilibrio tiende á separarse más y más de ella



como cuando pretendéis tener verticalmente sobre la yema de un dedo un bastón, ó queréis colocar un peón sobre el vértice. Y el *equilibrio indiferente*, cuando en las diferentes posiciones de un cuerpo su centro de gravedad ni sube ni baja, de suerte que será el que subsista en todas

las posiciones que el cuerpo toma, como si colocáis el peón sobre una generatriz, ó sea de lado, ó bien si colocáis una esfera ó bola.

Fundado en esto que acabo de deciros, podéis hacer que un huevo se sostenga sobre el borde de una botella. En los lados opuestos de un tapón de corcho se elevan dos tenedores, procurando que sean del mismo tamaño, y se coloca éste

por su parte inferior en uno de los extremos del huevo, el cual á su vez se coloca en el borde de una botella. Hecho esto y manteniendo el huevo bien vertical, des-



pues de algunos tanteos, permanecerá el huevo en equilibrio sobre el borde de la botella.

Otro equilibrio podéis hacer escogiendo seis llaves de tamaño y grueso decreciente, que para mejor comprensión pueden designarse con los números 1 al 6, desde la más gruesa y larga, á la más corta y delgada. Con las dos mayores 1 y 2, introduciendo en el ojo de la 1 el de la 2 y colocando las guatas sobre la mesa en forma de ángulo obtuso, se constituye un apoyo muy resistente, de lo cual podemos convencernos oprimiéndolas con la mano hacia abajo y viendo que no se separan ni se aplastan. Métase la guarda de la llave 3 en el anillo de la 2, y luego sucesivamente las de las 4, 5 y 6 en los de las 3, 4 y 5, procurando que quede verticalmente el eje de toda esta armadura. Si hacéis con habilidad el enlace de las llaves y resulta este conjunto bien unido, será resistente, y disponiendo la llave 6 horizontal, podéis colocar con facilidad

entre su anillo y el de la 5 una botella, frutero, vaso, sopera, lo que queráis, que se mantendrá muy bien en equilibrio.

Sólo me resta deciros que no olvidéis que la gravedad es una fuerza que obra de arriba abajo, y que será bastante que sea destruída esta fuerza por la resistencia de un punto fijo por donde pasa su dirección para que haya *equilibrio*.

A. DELGADO CASTILLA.

PALUDISMO

(Cuento viejo.)

EL tío Silvestre se había tragelado aquella mañana un jarro de aguardiente y andaba hecho una uva. Cuando llegó á su casa dando tumbos, su mujer le reprendió aquella manera de proceder, á lo cual contestó el tío Silvestre que él era dueño de echarse al gañote aquello que se le antojara. La mujer, dijo que pares; él, que nones. De aquí se promovió un altercado que degeneró en viva polémica; y como tío Silvestre era algo arrimado á la cola, tiró de la vara que llevaba metida entre la faja y empezó á pegar palos á su mujer. Esta lloraba, suplicándole tuviese compasión de ella, y afirmando que en todos los días de su vida, aunque viviera un siglo, no volvería á decirle una palabra, así viniese hecho un zaque. No estaba el alcacer para zampoñas; de manera que cuanto más suplicaba la mujer, más se enfurecía tío Silvestre y con mayor ahínco arreciaba sus golpes. Pronto quedó la mujer tendida en el suelo y sin dar señales de vida. Al ver esto, dispóse la curda del tío Silvestre; cogió á la apaleada y metióla en la cama.

—¡Toña, Toña!—la decía gimoteando—, vuelve en ti y perdóname, que no lo haré otra vez.

Pero la mujer no contestaba. Y aquí entraron los apuros del tío Silvestre. «¡Dios! ¿La habría matau?» Ante este temor comenzó á verlo todo muy negro. Ya se creía en la cárcel, y luego en el banquillo de los reos, y después... ¿quién sabe?... acaso en la horca. De pronto, rompe á llorar como un becerro. A los gritos acude una vecina. Le pregunta:

—Se m'a muerto la mujer—contesta.

—¿De qué, tío Silvestre?

—Pué que haiga sío de vieja.

—¡Pero si sólo tenía cuarenta años!

—Pus habrá sío de otra cosa, ¡ridiós!

Mientras hablaban esto, la mujer del tío Silvestre empezó á lanzar gemidos.

—Tío Silvestre—dijo la vecina—, parece que resucita. Habrá sío un síncope. Voy á llamar al médico.

Y sin aguardar más salió de casa del tío Silvestre.

Cuando éste se encontró solo, comenzó á reflexionar á su manera. Si venia el médico y se enteraba de la enfermedad de Toña, le zampaban en la cárcel. Acercóse á la cama y dijo á su mujer:

—Toña, va á venir el médico. Le ha ido á llamar la tía *Métome en todo*. Tú ya sabes, Toñica, lo que yo te quiero; pero como digas al médico lo que te he hecho, cuenta que te reviento.

Después lió un pañuelo en la cabeza á su mujer para que no se la viesen los chichones, y entornó las maderas de las ventanas á fin de que el médico no advirtiese nada.

Poco después entraba el galeno.

—¿Qué ocurre á tu mujer?—preguntó al tío Silvestre.

—¡Ay, señor médico, yo no sé qué será; pero la probetica está muy enferma!

—Bueno, abre las ventanas.

—No pué ser, señor; le molesta mucho la luz; no quiere ver nada.

—Entonces, veamos el pulso—y se le tomó á la paciente—. ¿Ha ido al río ayer?

—Sí, señor; estuvo lavando la ropica.

—Pues ya sabemos lo que tiene.

—¿Qué es?

—Paludismo.

Al oír esto tío Silvestre se figuró que el médico había conocido lo de los palos, se puso de rodillas y comenzó á llorar, al propio tiempo que decía:

—Eso es, sí, señor; pero, por Dios, no diga usted nada á la justicia. Prometo no hacerlo otra vez.

El médico comprendió en seguida, y recetó un antiespasmódico, por recetar algo, y salió de allí riéndose de las tribulaciones del tío Silvestre.

LOS EMIGRANTES

Son de admirar esos obreros que, abandonando á su mujer y á sus hijos, salen de su pobre tierra para recoger en otras más ricas un puñado de cuartos con que poder dar alimento á los suyos durante el invierno.

De éstos era Juan, el cual, á pesar de sus treinta años, parecía un viejo decrepito. Habíase casado muy joven, y después de diez años de matrimonio se encontró con seis rapazuelos. Juan tenía casita, que por su menudencia, aislamiento



EL PERRO.—¡Cuidado si es rumboso mi amo! Me echa los huesos porque no se los puede comer.

y rustiquez más parecía nido de aves que humana habitación. Delante de la casa se extendía una tierra sembrada de hortalizas. Por aquí no andamos mal, gra-

cias á Dios. Pero el caso es que había que pagar las contribuciones, que comprar ropa, además. Era preciso que el bueno de Juan viniese á Castilla á ganar siquiera veinte ó treinta duros cada año.

Y así lo hizo. Pero no hallándose con fuerzas ni con salud para segar, no tuvo otro remedio que hacerse músico callejero y marcharse con una banda, que todos los años por Junio salía á recorrer las ferias de Castilla. Juan mal sabía tocar el bajo para acompañar la desacorde algarabía de los demás «colegas».

Tres meses permanecieron los murguistas alejados cien leguas de las prendas de su corazón. En medio del bullicio de las ferias castellanas, veíanse los melancólicos semblantes de aquellos hombres escuálidos, macilentos. Pasaban el día entero andando de Ceca en Meca, sin ningún descanso, más que el preciso para recobrar alientos. Y este trabajo sólo producía un mísero jornal que les daban aquellos lugareños.

—¡Tocad, holgazanazos!—les gritaban al verlos tomar quince minutos de reposo, después de haber estado una hora echando los hígados para divertir acaso á los verdaderos holgazaños.

—¡Mira y qué caras tienen! ¡Paicen la mesma necesidad!

—¡Claro, no comen más que berzas!

—Y duermen en el corral de la tía Babosa, tiraus en el pajar.

—¡Qué gente, ¿eh?, tío Tripillas!

Los pobres murguistas oían aquello con la aflicción consiguiente.

Juan volvía á su casa en los primeros días de Octubre para celebrar con su familia la fiesta del patrono del pueblo y hacer entrega de sus mezquinos ahorros.

Pero sucedió que un día de Agosto, cuando el pobre músico quiso levantarse del pajoso montón que le servía de cama,

se sintió muy malo á causa de tanto soplar en el trombón. Lleváronle sus compañeros al hospital. Llegó una noche en que Juan se puso muy grave, y conociendo que se moría, sacó de la cama su descarnada mano, y apretando nerviosamente la de la hermana de la Caridad que le velaba, dijo ya en su agonía:

—¡Ay, Virgencita del Castañar...! ¡Me muero!

Y entregó su espíritu á Dios. Pasados dos meses llegó la fiesta del pueblo. La mujer y los chicos del difunto salían todas las mañanas al camino, y poniéndose en lo más alto de un cerro, miraban con ojos escrutadores el horizonte.

A cada polvareda que veían gritaban:

—¡Ya viene! ¡Aquél es!

Como no venía, la mujer, casi muerta, exclamaba:

—¡Ay, Virgencita del Castañar! ¿Volverá?

No; no volvió el infeliz Juan, que allá lejos, muy lejos, en ignorada villa, en camposanto cubierto de florecillas silvestres, quedaba sepultado, mientras los suyos le lloraban. ¡Pobres emigrantes!

MIGUEL CABELLO.

El bienhechor del pueblo

GRANDES clamores, ruidos de campanas y mucha animación en Villaumbrosa. Era el día en que debía llegar el protector de éste, D. Abelardo Martínez Serrano, persona que con sus grandes talentos y su recta intención de hacer bien á sus conciudadanos, había conseguido en las tres veces que fué diputado beneficios incomparables; y ahora la animación era mayor por haber conseguido una obra ansiada por el pueblo: la construcción de un ferrocarril que los pondría en comunicación con el resto de la provincia.

Con gran entusiasmo el pueblo se apiñaba en los andenes; y al bajar del tren D. Abelardo, entre estruendosas aclama-

ciones y vítores, fué conducido á la Casa Consistorial, donde el Ayuntamiento en masa le recibió; el alcalde improvisó un discurso dándole las gracias en nombre del pueblo y animándole para que continuase por aquel camino, y terminó suplicando á la Divina Providencia que dispensase todo género de bienes al que

LOS CHICOS DEL SIGLO XX



EL PROFESOR.—Dime: si te doy dos naranjas cada cuarto de hora, ¿cuánta tendrás al cabo de una hora?

DISCÍPULO.—Ninguna.

P.—¿Por qué?

D.—¡Vaya, una pregunta! Porque me las habré comido.

tantos beneficios hacía. Después le entregó el título de hijo predilecto.

Queridos niños, si algún día os encontráis en elevada posición, dispensad todos los beneficios que podáis á vuestros compatriotas.

CELESTINO FERNÁNDEZ.

MISCELÁNEAS

EL PEDICURO



—No le decía yo á usted que era un ojo. Ahora meto la cuchilla, y en un santiamén está usted libre de molestias.

—Pues ojo con el ojo, señor pedicuro.

¡OH LA ESTATURA!



—Soy un sabio que raya á gran altura.
—Al menos lo demuestra su estatura.

ENTRE «PEGADORES»



—Oye, Ninchi: como vuelvas á faltar á este vino, te pego una manguzá que te hago ver las estrellas.

—¡Ni que fueras el engrudo de pegar los carteles!

—¡Vamos, que te pego!

—¡Adiós!... goma arábica.

REGENERACIÓN



—¡Vaya un gabán que te has apañado, Pepilla!

—Pues tú pareces un ministro, Toñico.

—Nos regeneramos, chiquilla; nos regeneramos.

COLABORACIÓN INFANTIL

EN esta sección publicaremos los originales que nos remitan los niños, ya sean cuentos en prosa ó verso, efemérides, historietas, y todo aquello que encaje dentro de las condiciones de la Revista.

Para la remisión de estos trabajos, los niños deberán observar lo siguiente:

Los originales sólo serán escritos por una de las caras de la cuartilla, y, dentro de un sobre sin cerrar, escrito en esta forma:

<i>Original de imprenta.</i>	<div style="border: 1px solid black; padding: 2px; display: inline-block;"> REVISTA </div>
Sr. Director de «Rosa y Azul» Jardines, 13, MADRID	

y franqueado con un cuarto de céntimo, remitirlos á la Redacción, los de provincias. Los de Madrid pueden entregarlos en la oficina ó depositarlos en el buzón.

CRÍTICA DE «ROSA Y AZUL»

DESTINAMOS esta sección para dar en ella cuenta de las impresiones que á los niños produzca la lectura de la Revista.

Cada lector puede enviarnos su opinión escrita en una postal, y decírnos con entera franqueza qué le agrada ó disgusta de ROSA Y AZUL. De este modo llegaremos á confeccionarla á vuestro gusto, puesto que para vosotros es. Eso sí: no pidáis más allá de lo que buenamente podamos ofrecerlos, y bien sabemos que no lo haréis.

CORRESPONDENCIA

DE todos los trabajos que se nos remitan, insértense ó no, daremos en esta sección cuenta; pero rogamos á los pequeños no se impacienten si no ven sus nombres todo lo pronto que desearan.

NUESTRO REGALO DE MARZO

A todo el que durante el mes de Marzo se suscriba á ROSA Y AZUL por un año, le regalaremos un precioso tomo (el primero de la **Biblioteca infantil de cuentos regionales**), lujosamente encuadernado, con la cubierta estampada en oro y el escudo de España en el centro. Tamaño, 20 x 12 centímetros.

A los que se suscriban por seis meses les regalaremos otro bonito tomo semejante al anterior, pero á mitad de tamaño.

NUESTRA PÁGINA MUSICAL

PUBLICAMOS en este número unas lindísimas sevillanas originales del distinguido compositor D. E. de Coscollar.

Como el autor reside en Sevilla, nos parece no exagerar si decimos que traen el ambiente de los azahares de aquella hermosa tierra. Nosotros ya las hemos oído tocar; pero como están escritas expresamente para la infancia, queríamos escucharlas ejecutadas por los niños. A este fin, concederemos un premio á la primera niña ó niño menor de catorce años que nos honre con su visita y toque en el piano que en la Redacción tenemos nuestra página musical.

Algo habrá también para los que vengán tarde.

Y á fin de no olvidar á los de provincias, que tan queridos nos son, premiaremos asimismo á todos los que nos remitan certificado de un profesor de música, en el cual conste haber ejecutado bien la citada página musical.



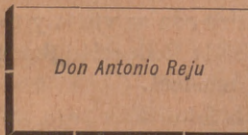
JEROGLÍFICO, por J. Ruiz.

+ K
RI
LLI

ADIVINANZAS, por M. Baturone.

- 1.^a ¿Qué nombre de mujer escrito con las sílabas separadas equivale á perro de agua?
- 2.^a Al derecho en el convento y al revés en la despensa, ¿qué es?

TARJETA, por E. Garcia.



Combinando las letras resultará un drama bien conocido.

ADIVINANZA, por J. Romero.

¿Qué oración leída al derecho y al revés dice lo mismo?

CUADRADO, por E. Garcia.



Sustituyendo por letras los puntos se podrá leer horizontal y verticalmente: 1.º, flor; 2.º, animales; 3.º, alimento, y 4.º, verbo.

ADIVINANZA, por Madruga.

¿Por qué rezan las solteras á San Antonio para que las proporcione un marido?

JEROGLÍFICO, por Barrios

Rusia
Kar

CHARADA, por Rafael.

Prima dos, tus cabellos,
todo, tus ojos,
y *dos*, igual primera,
y á picos *todo*,
si me voy me regañas
de muy mal modo.

ROSA Y AZUL

(TODO PARA NIÑOS)

Número suelto: 10 céntimos.—REVISTA SEMANAL ILUSTRADA—Quince ejemplares: 1 peseta.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID
Seis meses: 3 pesetas.
Año: 6 pesetas.



PROVINCIAS
Seis meses: 3 pesetas.
Año: 6 pesetas.



EXTRANJERO
Año: 12 pesetas.

Los Sres. Corresponsales de Madrid ó provincias disfrutarán el 10 por 100 de beneficio por las suscripciones que nos remitan, que pueden deducir al enviarnos su importe, en letras del Giro Mutuo, carta orden de pago, ó sellos de Correos; en este caso, certificando la carta. Tanto para las suscripciones como para la venta de ejemplares, anuncios, etc., la correspondencia debe dirigirse al Sr. Administrador de ROSA Y AZUL, Jardines, 13, Madrid. Los artículos, poesías, historietas y cuanto se refiera á la parte artística, han de remitirse al Sr. Director de ROSA Y AZUL, Jardines, 13, Madrid.

A NUESTROS COLABORADORES.—Advertimos á los niños de provincias que nos honren enviándonos originales, lo hagan en un sobre abierto y franqueado con un cuarto de céntimo, poniendo: *Original de imprenta.*

ADVERTENCIA.—Rogamos á nuestros lectores no se impacienten si no ven contestadas sus cartas todo lo pronto que quisieran. Pasan de 1.000 las cartas recibidas, y no tendríamos bastante con un número entero para darlas respuesta. Poco á poco irán saliendo por turno riguroso, como así mismo iremos publicando los trabajos que lo merezcan.

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.—Colegio de señoritas.—Clase especial de párvulos.—Preciados, 40, primero.

COLEGIO CALDERON DE LA BARCA.—1.^a y 2.^a enseñanza.—Incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.—Se admiten internos y medio-pensionistas.—Salud, 21.

IMPORTANTE.—Rogamos á nuestros queridos lectores de provincias que no remitan franqueadas como cartas las soluciones á **NUESTROS CONCURSOS, PASATIEMPOS**, etc., porque ello supone un considerable y superfluo gasto. A continuación verán los niños cómo hemos resuelto dicho particular con ventajas para ellos y sin perjuicio por nuestra parte.

TARJETAS DE «ROSA Y AZUL».—En vista del considerable número de cartas y costosas tarjetas que venimos recibiendo de los niños, dedicadas unas á **CRITICA, CORRESPONDENCIA, COLABORACION INFANTIL**, etc., y otras á **PASATIEMPOS y CONCURSOS**, esta Empresa ha editado unas sencillas y prácticas postales dedicadas exclusivamente á dicho objeto, las cuales pueden adquirir los niños, lo mismo en Madrid que en provincias, en todos aquellos sitios que se ofrece á la venta nuestra Revista.

CUENTOS BATUROS

LA ESPAÑA
 Fábrica Modelo de
 S^a Engracia 94 CHOCOLATES
 MADRID



Que rico, pero que rico
 es el chocolate de LA ESPAÑA

CON DULCES A 5 CENT

LIBRERÍA ESCOLAR

DE ANTONIO PÉREZ
 Calle de la Bolsa, 9.—MADRID

Gran surtido de libros y objetos de enseñanza de todos los autores; plumas, lapiceros, pizarras, carteras, portatlibros, cabás, cuadernos rayados, etc., etc.

Artículos de escritorio, estuches de papel y sobres. Orlas, cartas y libros para regalo.

Bolsa, 9.—MADRID

PAPILLA PARA LA BABA, EN LÍQUIDO



Las madres la conocen por sus efectos, y sus hijitos la toman con avidez. Frasco, 0,50 y 1 peseta. Para provincias tenemos la Papilla en polvo, caja con 10 papeles, que vale 2 pesetas. Para su uso y demás instrucciones léase el prospecto.

Desconfíen de las imitaciones, porque la verdadera Papilla, única y exclusivamente se despacha en esta casa.

Oficina de farmacia de D. Luis Fornés Grimalt
 San Bernardo, 70, Madrid (frente al Noviciado)



NIÑOS
SASTRERIA
EL INFANTE

Preciados, 26.

Preciosos trajes de 5 á 40 pts.

Gabanes novedad de 15 á 50.

Rusos, gran abrigo, de 18 á 25.

Cuellos novedad, chalinas gorras y colección grandiosa en géneros para la medida.

PRECIO FIJO

Talleres de fotografado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

¿QUERÉIS COMPRAR JUGUETES

BONITOS Y BARATOS?

Visitad la Casa

VIUDA DE JORGE SÁENZ

IMPERIAL, 3.—Madrid.

GRAN FOTOGRAFÍA BOLIVAR

1, SAN BERNARDO, 1

Es la casa que en Madrid se dedica *especialmente* á hacer retratos de niños.